el peligro de que habia creido escapar, se habia hecho mayor.

—Os entregaré esos papeles..... comprometedores, repuso Dickson, la noche de la celebracion del casamiento. Creo que no titubeareis ya y que anunciareis oficialmente á vuestra sociedad el enlace de nuestras dos familias.....

El marqués fijó en el americano una mirada de espanto, y sin pronunciar una palabra, se dirigió hácia la puerta.

—Además, añadió Dickson, debe ser ya cosa hecha.

Y miró su reloj:

—Las tres..... Precisamente hoy es el dia de recepcion de la baronesa de Vauchelles. Hay siempre mucha gente en su casa y mi mujer seguramente debe en este momento anunciarle la buena nueva.

XXI.

EN CASA DE LA BARONESA DE VAUCHELLES.

El marqués habia creido sorprender á sus adversarios y los habia encontrado prontos á defenderse y á rechazarle en todos los puntos.

Si los hubiera atacado sin que estuviesen prevenidos, tal vez hubiera podido vencerles. Si se hubiese presentado inopinadamente en casa del americano, diciéndole: "¡Ese casamiento es imposible, devolvedme mis títulos, he aquí vuestro dinero! rompamos amigablemente." Dickson se hubiera visto bastante cortado, y para vencer al marqués, hubiera recurrido al desafio.

Esto era lo que el americano habia propuesto á Baradoux, imaginándose que Honorato amaba antes que todo la vida, y que la perspectiva de un duelo le amedrentaria.

Pero Baradoux le contestó:

—¡Bah! el marqués de Villepreux se encojerá de hombros; bajo el punto de vista moral, es en verdad, un ser despreciable; pero en cuanto á valor tiénelo de sobra. Lo único que teme es perder la consideracion de los demás, atacadle por ese lado y le intimidareis.

Y la comedia que acababa de representar Dickson, habia sido compuesta por el banquero.

—Antes de venir aquí, le dijo, pasará por mi casa; yo le preparé y llegará á vuestra presencia muy inquieto y temiendo la explosion de vuestra ira. Le sorprendereis con vuestra amabilidad y se desenmascarará..... No os enfadeis y se mostrará altivo..... Amenazadle si quereis con desafiarle y vereis cómo se rie

de ello; pero cuando se trate de los títulos, habladle sin reparo y como si fuera cosa vuestra del tribunal correccional. No podeis figuraos el efecto que las sencillas palabras de "Tribunal correccional" produce en los vividores parisienses, que saben haber merecido comparecer ante él. El marqués saldrá de aquí completamente trastornado.....

Y en efecto, Honorato se fué lleno de miedo y definitivamente vencido por el *yankee*.

Dickson habia vuelto á tenderse en su divan, y fumando otro cigarro se decia:

—La vida parisiense es muy divertida, y con tal que mi mujer haya maniobrado bien á su vez, soy uno de los reyes de esta capital. ¡Qué hermoso es el palacio de Villepreux!

Habia ido á verle desde lejos, y no soñaba más que con el acto de entrar su hija en él.

—En este momento, si Baradoux no me ha engañado, la noticia del casamiento debe correr por todos los ámbitos de Paris.....

El banquero no se habia contentado con preparar la entrevista de Dickson con el marqués, sino que quiso tambien obligar á la familia de éste esparciendo la noticia del enlace de Edith con Federico.

Obedeciendo á dicho plan, la americana fué llamada por su marido, que la dijo:

—Querida Margaret, el señor de Villepreux y su hijo no han de venir hasta la noche, podeis tú y Edith ocuparos del equipo, de sus vestidos y de los tuyos..... Os abro un crédito ilimitado, sin embargo, sed razonables.

—¿De modo que todo está ya decidido?

—Todo, querida.

—Te lo pregunto porque hoy es dia de recepcion en casa de la baronesa de Vauchelles, y si no lo desapruebas, me consideraria feliz anunciándole la buena nueva.

—Tienes razon, amiga mia, esa señora ha sido siempre muy amable con vosotras, y su casa debe ser la primera en que se sepa el casamiento de nuestra hija.

—¿Nos acompaña?

—No. Estoy esperando al marqués para tratar con él de algunas cuestiones de [illegible] ó más bien confirmar las proposiciones el señor Baradoux le ha hecho en mi nombre.

Se guardó muy bien de decir la verdad á su mujer, quien al saber lo que ocurria, hubiera podido perder la cabeza.

—¿Mandó poner la corona de condesa en el equipo de Edith?

—Sí, querida mia..... mientras no tenga la de marquesa.

La señora Dickson interrogó con la mirada á Baradoux y éste hizo un gesto de aprobacion.

Algunos minutos después, la madre y la hija salieron sin la menor desconfianza, prepa-

rándose á representar el papel que el americano y Baradoux se habian asignado.

Edith estaba satisfecha.

Todas sus ambiciones iban á realizarse, se casaba con el único hombre que habia deseado entre la turba de los elegantes que la cortejaban; y su padre tambien se hallaba enamorado, tal vez más que ella, de Federico: el jóven matrimonio obtendria fácilmente de él cuanto quisiera. Viviria en un palacio admirable, al que volveria á dar su antiguo esplendor y llevaria uno de los nombres más gloriosos del libro de la nobleza.....

Su prometido parecia en verdad algo frio; Suyo era el amor lo que ella buscaba en el ¡Quién to.

Mas como cuando una persona es feliz, es tambien mejor, la jóven alimentaba las más nobles intenciones, respecto de su familia.

Se mostraria afectuosa para su cuñada, muy dulce para su suegra y aparentaria venerar á la abuela.

Pero lo que más la encantaba era el título de condesa.

Empañó con el aliento uno de los cristales de la berlina, y con la punta del dedo dibujó una corona con nueve bolitas por remate.

Pronto la veria en las portezuelas de sus coches, en las guarniciones de los caballos, en

el servicio de plata, en la librea de los criados.....

—¿Vamos ahora á casa de la costurera? preguntó Mrs. Dickson.

—Sí, madre.

Margaret se ballaba demasiado trastornada por la alegría, para ocuparse de cosas sérias, y si bien queria ir á ver á la costurera, no era más que para decirla:

—¿Cómo confeccionareis el traje de desposada de mi hija?

—¿La señorita se casa, pues?

Y la modista la felicitó, y preguntó respetuosamente:

—¿No es una indiscrecion preguntaros el nombre del futuro?

La americana se hizo rogar un poco, y luego respondió con modestia:

—El conde de Villepreux.

En el almacen de la florista se repitió la misma escena; fué preciso explicar el por qué los ramitos de azahar interesaban tanto á miss Edith, que ruborizándose, escogió uno y dijo:

—Hay que enseñérselo al señor de Villepreux.

En fin, en una de las casas de ropa blanca de la calle de la Paix, adonde va todo el mundo elegante, la señora Dickson no tuvo más que pedir modelos de coronas de condesa para

que la dueña de la tienda comprendiera y preguntase:

—¿Es para la señorita?

Dickson podia estar tranquilo; su mujer habia maniobrado con destreza. ¡Estaba tan orgullosa propagando de antemano el título de condesa que iba á llevar pronto su hija!

No era necesario que diese mucha prisa para ir á la casa de la señora de Vauchelles á anunciar el casamiento, pues la noticia corria ya en los salones y en los círculos. Las mujeres la supieron en los tres almacenes en donde lo habia dicho Margaret, lo repitieron á las personas que fueron á visitarlas, y los hombres corrian al círculo para ser los primeros en anunciarlo.

En el momento en que el coche de la americana paraba delante de la puerta de la baronesa de Vauchelles, una de las visitas estaba diciendo á la dueña de la casa:

—¿Sabeis, querida amiga, que mi modista acaba de anunciarme un casamiento que ha de producir mucho ruido en Paris?

En aquel momento el criado anunció:

—La señora y la señorita Dickson.

La visita se calló.

La americana habia procurado darse un aire modesto; Edith bajaba la vista; pero á pesar de esto la alegría del triunfo se leia en su cara.

Margaret y su hija hubieran variado seguramente de actitud, si en vez de entrar en el salon de la baronesa lo hubieran hecho en el despacho del baron y hubieran oido lo que allí se decia.

Dos hombres se hallaban en él, el baron y Brettecourt.

Este habia llegado pocos momentos antes.

Muy satisfecho de la entrevista de Juan con el marqués, tranquilo respecto al porvenir y la dicha de su hijo adoptivo, se ocupaba, segun se lo habia prometido á la marquesa viuda, de Federico de Villepreux.

Vauchelles le habia recibido con sumo cariño, diciéndole:

—¡Descastado! ¿Será preciso resignarse á no veros más que cada quince dias?

Brettecourt echó la culpa á sus trabajos, y dijo despues con alguna malicia:

—No busco á mis amigos más que cuando los necesito.

—Conde, esto no es cierto, pero, sin embargo, si para algo me necesitais, me consideraré muy dichoso si puedo serviros.

—Pues bien, un favor es lo que os vengo á pedir.

—Hablad.

—Hace algunas semanas, el dia en que disteis aquella grande fiesta en Marly-le-Roi, os

pregunté casualmente quién era la señora Dickson.....

—Y os contesté que una mujer encantadora, muy rica, que tiene una hija bellísima, y que el marqués de Villepreux cortejaba algo á la madre.

—En efecto; pero supongo que algo más sabeis.

—Poca cosa, amigo mio, como no sea que desde entonces he conocido á su marido, que es un hombre muy campechano. Le veo bastante á menudo en una sala de esgrima; es muy diestro en el manejo de la espada y tira la pistola con una maestría sin igual. En fin, tiene excelentes cigarros.

—Y..... ¿es esto todo?

—No. Puedo informaros de ciertos detalles de su vida íntima. Parece que el marqués hacia la corte á la señora Dickson con un motivo muy plausible: mostrándose más previsor para su hijo que para sí mismo, codiciaba los millones del americano, y Federico, á su vez, ha conquistado á la hija, y creo que dentro de poco, el blason de los Villepreux recuperara su brillo con los millones de ese yankee.

—¿Lo creeis así?—preguntó Brettecourt con amargura;—yo no. Mas esta no es la cuestion: ¿qué son ó qué han sido esos Dickson, á quiénes recibió Paris con tanto agasajo como si

pertenecieran á la más antigua nobleza? ¿De donde vienen?

—¡Pardiez, de América!

—¿Y su dinero?

—Supongo que del mismo sitio.

—¿En qué clase de negocio lo han ganado?

—Brettecourt, amigo mio, sois por demás curioso. Afortunadamente los parisienses lo son ménos que vos.

Brettecourt, se echó á reir.

—Llamadme provinciano, si así os place—dijo;—pero me parece que en mis buenos dias éramos más exigentes.

—El tiempo marcha, querido amigo.

—Sí, sí, ya sé! Un viejo general que ha pasado su vida batiéndose, no está ya "en el tren," como dicen hoy nuestros lindos gomosos. ¡Pero por más exprés ó relámpago que ese tren sea, permitireis que me admire de que abrais vuestros salones á personas extranjeras que nadie os ha recomendado y que llegan de Ultramar cubiertos de oro, ganado Dios sabe como!...

—El señor Dickson— interrumpió Vauchelles—tiene minas de petróleo, líneas importantes de ferrocarriles.....

—¿Habeis visto sacar el petróleo de esos pozos?.....¿Habeis viajado por esas líneas?

Vauchelles soltó una carcajada.

—¿Os han nombrado acaso juez de instruccion, Brettecourt?

—No; pero quiero saber con exactitud lo que son esos amigos vuestros.....

—¡Oh! ¡amigos mios!..... ¡Conocidos nada más! ¿Queréis que se le pregunte á Baradoux, que los conoce á fondo?

—Este se burlaria de nosotros; pertenece en cuerpo y alma á esos aventureros.

—¡Aventureros!..... Exagerais, tal vez, demasiado.

—¡Bah! exclamó el general encogiéndose de hombros. Una última pregunta: ¿esos Dickson han venido de New York, no es verdad?

—Por lo ménos así lo han dicho.

—Son por consiguiente americanos del Norte, como su nombre además lo indica. ¿Habeis visto, por casualidad, en su casa algun paisano suyo; por ejemplo, alguno de los agregados á la legacion de los Estados Unidos?

—He aquí una cosa que hubiera debido notar, dijo Vauchelles algun tanto turbado.—No, no recuerdo haber visto en su casa á ningun individuo de la colonia americana..... y aún esperad.....

El baron se pasó la mano por la frente, como un hombre que procura recordar.

—Sí..... un dia..... era en el Nuevo Circo, un sábado, lo recuerdo bien: estábamos reunidos unos cuantos, y entre nosotros se encontraba un secretario del ministro de los Estados Unidos en Paris. La señora Dickson y

su hija se hallaban en un palco enfrente del nuestro; y naturalmente, se habló de ellas.....

—¿Y qué dijo el secretario?

—Nada; pero noté en sus labios una casi imperceptible sonrisa y supuse que existia alguna diferencia entre él y los Dickson.

—¡Ah, parisiense ingénuo! exclamó Brettecourt.—Voy á deciros yo lo que pensaba el secretario, que debe ser un hombre honrado.

—Si lo es. Respondo de él.

—¡Pues bien! se decia que los parisienses dan pruebas de poco talento recibiendo en su sociedad y entregando su confianza á unas aventureras.

—¡Bah! nos lo hubiera advertido.

—No, amigo mio; no lo hubiera hecho, porque no le hubiérais creido. ¡Cuántas veces he oido tratar esta cuestion en el extranjero! ¡A cuántas personas recibís con honores aquí á quienes nadie saludaria en su país! En fin, ya sé bastante para lo que me resta que hacer. ¿Es hoy el dia en que la baronesa recibe, no es verdad?

—Sí.

—¿Creeis que la americana se presentará?

—Viene aquí con bastante frecuencia.

—¿Queréis hacerme el favor de llevarme al gran salon, desde donde, si no me equivoco, se divisa aquel en que recibe la baronesa?

—Con mucho gusto, amigo mio; pero ad-

mitiendo que vuestras sospechas se confirmen, nada de escándalo, os lo suplico.

—Nada temais, Vauchelles. Si bien el Africa me ha hecho algo salvaje, acabo de llegar del Tonkin, en donde la primera de todas las leyes es la cortesía.

El baron algo turbado, acompañó á Brettecourt al gran salon, en el cual ambos entraron en el momento preciso en que mistress Dickson y su hija saludaban á la baronesa.

Brettecourt pudo mirarlas á sus anchas.

En primer lugar se fijó en Edith y su cara permeneció impasible.

Mas despues de examinar un momento á mistress Dickson, el general palideció y todo su cuerpo fué sacudido por un temblor nervioso.

—¿Las conoceis? preguntó Vauchelles.

—¡A la hija, no; pero á la madre, sí! ¡Ah! ¡Dios mio, esto sobrepuja á todo lo que yo podia suponer! ¡Miserables!

Vauchelles quiso llevársele, temiendo alguna escena desagradable.

Mas Brettecourt dijo:

—No, no. Llego á tiempo.

Despues de los más afectuosos saludos, la americana estaba diciendo á la baronesa:

—Querida amiga, sois la primera á quien voy á anunciar una noticia que estoy cierta va á llenaros de alegría.

—¡Ah! ¡ya adivino! replicó sonriendo la señora de Vauchelles.

Y volviéndose hácia Edith la cogió la mano, diciéndola:

—Permitid que os dé un abrazo al mismo tiempo que mi enhorabuena. Es *él* encantador, encantador.

Edith bajó la vista ruborizándose.

—¿Y desde cuándo está la cosa decidida? preguntó la baronesa.

—Ayer ha sido cuando hemos recibido la demanda oficial del señor de Ville.....

Mistress Dickson no acabó de pronunciar el nombre.

Brettecourt acababa de entrar y fijaba una mirada terrible en la americana, que sintió helársele la sangre en las venas y su voz apagarse en la garganta.

¿En dónde habia visto á aquel hombre?

Procuraba en vano decirse que no era en New York, que no era en aquellas innobles salas de juego en que tan vergonzosamente se habia recogido la fortuna de su hija. Tanta gente habia entrado en aquellas habitaciones, habia visto en ellas tantas miles de caras, que no se acordaba de ninguna al dia siguiente; pero hay rostros que nunca se olvidan, y el de Brettecourt era de estos.

Y si habia dudado, sus dudas se desvanecieron cuando la baronesa dijo al general:

—¡Señor de Brettecourt! ¡Ah! ¡qué agradable sorpresa!

¡Brettecourt! Tambien recordaba el nombre. Estuvo á su lado, hacia de esto unos cinco ó seis años, una noche en que perdió cinco ó seis mil francos, en uno de aquellos momentos de sombría tristeza en que buscaba cualquier distraccion para apartar el recuerdo de su constante pena.

¿La conoceria?

—Querida amiga, dijo la baronesa á la americana, tengo el gusto de presentaros al señor conde de Brettecourt, quien, no lo dudo, se haré amigo vuestro, máxime cuando bajo sus órdenes el señor de Villepreux se ha conducido con tanto valor en el Tonkin.

Mistress Dickson, completamente trastornada, balbuceaba:

—Me alegro..... caballero..... me alegro.....

—¿Qué le pasa á mi madre? se decia Edith.

Brettecourt se inclinó respetuosamente delante de la americana.

—Me considero muy honrado, señora.....

Y al decir esto, su faz tenia una expresion amable y sonriente.

La newyorkina se tranquilizaba y estaba pronta á dominar su emocion, cuando el conde, dando dos ó tres pasos atrás y mirándola con más atencion, dijo:

—Pero he tenido el honor de ser presentado antes de ahora á la señora Dickson.

—¿A mí, caballero, á mí? balbuceó Margaret; no recuerdo.....

—¡Oh! yo me acuerdo perfectamente.

—¡Sois víctima de error, debido á algun parecido, caballero!

—No, señora, replicó el general cada vez más amable, vuestra cara es de esas que no se pueden confundir con ninguna otra.

Se sentó enfrente de la americana y sonriendo á Edith:

—A quien no tenia el gusto de conocer es á esta señorita, que en la época á que me refiero estaría aún, sin duda, en el colegio.

Mistress Dickson se volvió hácia la baronesa y procuró reanudar con ella su interrumpida conversacion; pero Brettecourt se lo impidió.

—Comprendo muy bien, señora, dijo, que no hayais conservado ningun recuerdo de un visitante perdido en medio de la multitud que llenaba vuestros salones las dos noches en que en ellos estuve; pero yo que tanto me aburría en New York, no puedo olvidar las horas deliciosas que pasé á vuestro lado. La persona que me presentó en vuestra casa era un jóven agregado á la embajada francesa, que no me engañó diciéndome que vuestros salones eran

la Providencia de los pobres extranjeros recientemente llegados á New York.

En aquel momento la voz del conde tomó una expresion irónica.

La juventud francesa hallaba siempre en vuestra casa una exquisita acogida, y me congratulo al ver que encontrais aquí la recompensa que mereceis. Por mi parte no me es dable olvidar los salones de la Quinta Avenida de New York..... ¿Y el excelente señor Dickson, está en Paris?

—Sí, señor, respondió Edith con sequedad.

La jóven notaba la ironía oculta debajo de las palabras de Brettecourt y empezaba á impacientarse.

—Tendré mucho gusto al verle despues de tanto tiempo, repuso imperturbable el general; estoy cierto de que él me conocerá en seguida..... ¿pero qué teneis, señora?

Mistress Dickson acababa de levantarse bruscamente y como atontada.

—Dispensadme, querida amiga, dijo con moribunda voz.—Me ahogo.....

Y se dirigió hácia la puerta del salon, diciendo:

—¡Edith, ven!..... Me siento indispuesta...

La baronesa, estupefacta, quiso llevarla á otra habitacion inmediata; pero la americana rehusó; tenia prisa por marcharse y huir de aquel hombre que le daba miedo.

Antes de alejarse Edith, lanzó una mirada feroz á Brettecourt, pues demasiado comprendia que él era la causa de la emocion sufrida por su madre.

Ambas mujeres se retiraron.

El general habíase quedado en el salon y se sonreía con malicia mirando á Vauchelles, que estaba aturdido.

La baronesa algo incomodada, dijo al conde en son de reproche:

—Mi general, mereceis un castigo por haber interrumpido á esa encantadora mujer en el momento en que nos anunciaba el casamiento de su hija.

—¡Ah! dijo Brettecourt con naturalidad, ¿de esto proviene su emocion?..... ¿Y quién es el feliz mortal que se casa con esa linda jóven?

—No le habeis dejado el tiempo de decírnoslo; pero lo sé: Federico de Villepreux.

—Me parece imposible, señora, dijo Brettecourt poniéndose grave; acabo de ver á las señoras de Villepreux, y nada me han dicho de esa union, y hasta creo que se trata para dicho jóven de otro casamiento.